

preferido la regencia de la viuda duquesa de Orleans, se votó la ley como queda dicho y el día 30 de Agosto fué promulgada.

Luis Felipe, aprovechando las buenas relaciones que mantenía Inglaterra con el Gabinete francés, invitó á la soberana inglesa á que visitase París, á lo cual accedió la reina Victoria, pasando del 2 al 7 de Septiembre de 1843 en el castillo de Eu en medio de fiestas y regocijos, visita que en Octubre del año siguiente pagó el monarca francés, siendo nombrado por la Reina caballero de la Jarretiera.

Poco tiempo después del viaje de la reina Victoria, el conde de Chambord, duque de Burdeos, pasó á Londres y más de tres mil legitimistas aprovecharon aquella visita para ir á ofrecerle sus servicios, no temiendo varios diputados, reunirse á las declaraciones de aquéllos.

En 1844 la Cámara, en un mensaje al Rey, denigró vivamente aquellas manifestaciones, palabras por las cuales se trabó una acalorada discusión y que dió motivo para una de las sesiones más borrascosas que registran los anales parlamentarios.

Guizot quiso sincerarse de una acusación que se le echaba á menudo en cara sobre su viaje á Gante para hablar en 1815 con Luis XVIII, pero los clamores le impedían expresarse. «Quieren agotar mis fuerzas, exclamó, mas no agotarán mi ánimo.» Perseveró, logrando por fin hacerse escuchar y terminó su discurso con estas arrogantes palabras: «En cuanto á las injurias, calumnias y cóleras interiores ó exteriores, puede multiplicárselas, puede amontonárselas tanto como se quiera, que nunca se elevarán á la altura de mi desprecio.»

En el año 1831 se concluyó un tratado y otro en el de 1833 entre Francia é Inglaterra para regularizar la aplicación de un derecho de visita mutua. En determinados parajes, los cruceros franceses habían de visitar los buques ingleses, y los cruceros de Inglaterra á los barcos de Francia. En 20 de Diciembre de 1841 se firmó otro convenio en virtud del cual se aumentaban los lugares en que podían ser visitados los barcos franceses, y disminuían las garantías dadas al número de cruceros, lo cual conmovió á todo el país, protestando también la Cámara.

Un párrafo especial añadido á la contestación al discurso de la Corona en 1842, imponía al ministerio la obligación de no ratificar el convenio de 20 de Diciembre de 1841, no queriendo la opinión pública que se admitiese ningún derecho de visita, y pedía que se respetase el principio de «el pabe-

llón cubre la mercancía» tanto más cuanto que se sabía que la marina americana se negaba á permitir á una nación cualquiera el derecho de vigilar su comercio.

Para terminar esta prolongada querrela el ministerio no tuvo otro remedio que negociar la anulación de los tratados de 1831 y 1833, lo que se consiguió con el convenio de 29 de Mayo de 1845 que sustituía el derecho de visita con la verificación de la nacionalidad y de la realidad del pabellón ó bandera.

Al ejemplo de Inglaterra que por do quiera tomaba puntos y posiciones para su comercio, Francia quiso hacer lo propio y en 1841 la marina francesa se apoderaba de Nossi-Be en la Oceanía, y en 1842 obtenía la cesión de Mayote, que le sirvió de estación en las cercanías de las islas de Madagascar y de Borbón.

El vicealmirante Dupetit Thouars recibió orden de ocupar las islas Marquesas, y considerando aquel oficial que la ocupación de las islas de la Sociedad produciría mayores utilidades al Gobierno francés, se resolvió también á apoderarse de ellas.

Taitai, la principal de aquellas islas, pertenecía á la reina Pomare, sometida desde mucho tiempo al influjo inglés, pero se puso bajo la protección francesa cuando algunas injurias hechas á varios súbditos de Francia motivaron la intervención del vicealmirante.

A despecho de Inglaterra, Francia realizó en 1845 una expedición contra Marruecos que realmente no dió ningún resultado provechoso, y que más que todo no fué otra cosa que un alarde de fuerza, al cual no podían contestar por ningún estilo las atrasadas kábilas y hordas africanas.

Pero si este suceso no compensó la pérdida y descrédito sufridos en 1844, otro acontecimiento de mayor importancia resarcó con creces aquellos sucesos y en realidad realzaron el prestigio de la política exterior de Luis Felipe.

Este acontecimiento fué el matrimonio de la joven reina de España, Isabel II, con un Borbón, su primo D. Francisco de Asís, duque de Cádiz, y haber hecho fracasar las pretensiones de un príncipe inglés á la mano de la joven reina. Al mismo tiempo la hermana de ésta casaba con el duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe. Estos dos matrimonios, celebrados en 10 de Octubre de 1845, despertaron vivo despecho en el gabinete británico, que nunca podía ver con buenos ojos que Francia renovase con España sus antiguas y tradicionales relaciones.

La conmoción que sintiera la Europa durante los dos últimos años del reinado de Luis Felipe, prueba que todos los pueblos, reprimidos por la Santa Alianza de 1815, tendían sin cesar á una reacción en un sentido completamente avanzado.

«Acaso no veis—decía Thiers á Guizot en la discusión de la contestación al discurso de la Corona de 1846—acaso no veis cuál es en este momento el estado del mundo?» Pero el ministerio parecía no comprender la influencia que el estado de Europa ejercía sobre el temperamento de Francia, afligida á su vez por el general sufrimiento.

Por instantes crecía la oposición al ministerio Guizot, que ofendía al país con su débil á la vez que estéril política, respecto al extranjero, y que en el interior no quería conceder ninguna reforma en el sistema electoral, en el que los abusos de la corrupción se hacían públicos, ni en la composición del Parlamento, cuya independencia se hacía ilusoria por efecto del gran número de empleados que lo llenaban, acabando de complicar gravemente la situación política, la miseria pública que aumentaba cada día más.

Las lluvias, que habían influido de una manera desastrosa sobre las cosechas, pues la de 1845 había sido mediana y peor que ésta la de 1846, produjeron también terribles inundaciones, especialmente en la vega de Loira.

Como consecuencia de esto la carestía aumentó y los sufrimientos también, dando lugar á que por el mes de Enero de 1847 surgiesen serias insurrecciones y trastornos en los departamentos del Meurthe, Mayenne, Sarthe, Indre y Loira, Ille y Vilaine, siendo tanto más horribles los que tuvieron lugar en Buzancais y en el Indre por los sangrientos suplicios de que fueron víctimas algunos de los sublevados.

Y mientras esto sucedía, los tribunales fallaban varios procesos de corrupción y malversación de fondos condenando á los más elevados empleados, todo lo cual impresionaba dolorosamente al país, escandalizado por aquellos delitos y desmanes.

En resumen, sea por la falta de tacto en su política, sea por las aspiraciones no satisfechas del pueblo y las desgracias que sobre él pesaban, lo cierto es, que tan minado estaba el poder de Luis Felipe, que sólo bastó la más leve sacudida para derribarle del trono.

Como dejamos dicho, el Gobierno de Luis Felipe persistía en dejar á las oposiciones dos poderosas armas de combate.

En la ley electoral no regía ninguna igualdad,

toda vez que el derecho de elegir estribaba en el pago de contribución, lo que era justo motivo para que en todos los tonos se pidiese la reforma electoral. Asimismo la composición de la Cámara de Diputados, llena casi siempre de empleados adictos ciegamente al Gobierno, hacía casi ilusoria la representación que, no obstante el privilegio de ser elegibles y electores los contribuyentes, el pueblo francés tenía en la Asamblea, y de ahí que se reclamara también la reforma parlamentaria.

Rechazadas más obstinadamente que nunca las dos reformas por la Cámara de 1847, de aquí que la oposición, no pudiendo esperar nada de ella, agitase el país y el día 10 de Julio de 1847 comenzaron las manifestaciones reformistas con el banquete de Chateau-Rouge, que no tardaron en multiplicarse.

En aquel momento renunciaba el general Sout y entraba á presidir el Gobierno, Guizot.

La muerte de Adelaida de Orleans, hermana del Rey, y sabia consejera, fué como un lúgubre presentimiento para el monarca.

La discusión sobre la respuesta al discurso del Rey, á principios del año 1848, fué larga, acalorada y encarnizada, viniendo á complicar gravemente á la ya muy tirante situación, la cuestión de las manifestaciones ó banquetes.

He aquí cómo se expresa Lacroix en lo referente al desarrollo de la revolución de 1848:

«Deseoso el Rey—dice—de agrupar adictos partidarios al rededor de su trono, sin debilitar la mayoría de la Cámara de Diputados, había introducido por medio de tres decretos sucesivos, veinticinco nuevos Pares en la Cámara inamovible, con gran pesar de los verdaderos amantes del trono, que deploraban el ennoblecimiento político de tantos nombres oscuros; de modo que, á medida que los apoyos del trono parecían perder en consideración, en mérito y en importancia, crecía la opinión en energía y en actividad. Sus jefes habían inventado los banquetes políticos con el objeto reconocido de agitar al país: banquete de Chateau-Rouge (9 de Julio), en el que Duvergier de Hauranne se sienta entre dos republicanos, Recurt y Pagnerre; banquete de Macon (18 de Julio), en el que Lamartine explica un programa político lleno de tradiciones y recuerdos de la República; banquete de Lila (7 de Noviembre), en que Odilón Barrot cede el lugar á Ledru-Rollin antes que consentir en cometer un acto de rebelión contra la autoridad real; banquetes más ó menos tumultuosos, en que la calculada omisión del brindis ordinario por el Rey, dió á las manifestaciones

reformistas una significación enteramente republicana. Entre ambas legislaturas verificáronse setenta banquetes, equivalentes á setenta clubs organizados en todos los puntos de Francia, á setenta juntas insurreccionales, de cuyo seno iba á partir la señal de la próxima revolución.

»La fatal agitación de los banquetes se había propagado por toda la Francia, cuando el Gobierno resolvió combatirla, sirviéndose de los medios que le proporcionaban las leyes contra las sociedades y reuniones. No ignoraba con qué objeto y por qué manos había sido lanzada en medio del pueblo la máquina infernal de la reforma, que empezaba ya á inflamarse, que estaba próxima á explotar, desorganizando la sociedad política; era, sin embargo, demasiado tarde para apagar la mecha incendiaria. La izquierda dinástica, dividida en tres cuerpos bajo la dirección de tres jefes, Thiers, Odilón Barrot y Dufaure, empleaba la reforma electoral como una fuerte palanca que debía por precisión derribar al ministerio, y con ello secundaba, sin saberlo ó sin quererlo al menos, la atrevida táctica del partido republicano, que sólo estaba representado en la Cámara por dos ó tres medianías sospechosas, y por su tribuno Ledru-Rollin, pero que tenía en las redacciones de *La Reforma* y *El Nacional* un estado mayor, dividido en dos campos, el de la astucia y el de la violencia. Una frase del discurso de la Corona en el acto de la apertura de las Cámaras en 28 de Diciembre, exaltó de repente á su más alto grado á los partidos que habían adoptado la bandera común de la reforma electoral: «En medio de la agitación, fomentada por pasiones ciegas y enemigas—decía Luis Felipe—me anima y me sostiene la convicción de que poseemos en la monarquía constitucional, en la unión de los grandes poderes del Estado, eficaces medios para superar los obstáculos y satisfacer los intereses morales y materiales de nuestra querida patria.» Al mismo tiempo manifestaba el ministerio la intención de oponerse á toda especie de banquete político, así en París como en las ciudades de provincia, y debiendo verificarse en 19 de Enero un gran banquete por los electores del distrito duodécimo, bajo la presidencia de Boissel, diputado por el mismo, el prefecto de policía advirtió á los comisionados de que no se autorizaba la reunión.

Los comisarios contestaron al prefecto que consideraban su intimación «como un acto de arbitrariedad y de ningún efecto», y desde entonces quedó empeñada la lucha entre la autoridad y los campeones de la reforma electoral.

Estos persistían en reunirse en un banquete, á pesar de la prohibición del prefecto de policía, á pesar de la voluntad del Gobierno, y aplazado para el siguiente mes, la afluencia de suscritores para asistir á él tomó el carácter de un acto de oposición al que se asociaron la mayor parte de los diputados de la izquierda.

La Cámara había empezado sus sesiones, sin darse cuenta de la emoción profunda que arrastraba al país hacia el fantasma electoral, que era el grito lanzado á la vez por los adversarios del ministerio y por los enemigos de la monarquía; en tanto, el Gabinete no experimentaba la menor inquietud: apoyábase en una mayoría formidable en ambas Cámaras, y sentíase armado de la legalidad constitucional.

La discusión del mensaje (20 de Enero) ofreció á Guizot una nueva y postrera ocasión para desplegar los inagotables recursos de su genio oratorio, y si bien la causa, que con tanto talento sostenía, no era buena en todas sus fases, tenía en su favor el principio de autoridad que el Gabinete se proponía hacer respetar, y presentábase rodeada de la sanción de los grandes poderes del Estado: las dos Cámaras y el Ministerio eran solidarios con la monarquía.

Thiers, el rival implacable de Guizot, le atacó, le acosó en el terreno de la política exterior, y llamó en su auxilio á la Suiza, á la Italia y al Oriente; León de Malleville, Billaut y Lasteyrie le acusaron de haber corrompido el espíritu público, de haber degradado el carácter nacional; Lamartine le reconvinó por el vil abandono de las nacionalidades y por su alianza con los Gobiernos despóticos; Duvergier de Hauranne y Odilon Barrot se constituyeron en abogados de la reforma electoral, y Guizot, casi solo entre tantos adversarios obstinados y audaces, volvía sin cesar á la carga, y sin cesar reanimaba el combate, en vez de procurar terminarlo, mostrándose admirable en aquella lucha suprema que no hizo más que aumentar su impopularidad.

Su colega Duchatel no se mostró menos enérgico y elocuente cuando dijo que el derecho de reunión no podía ser el de sedición, y que el Gobierno no permitiría nuevos banquetes.

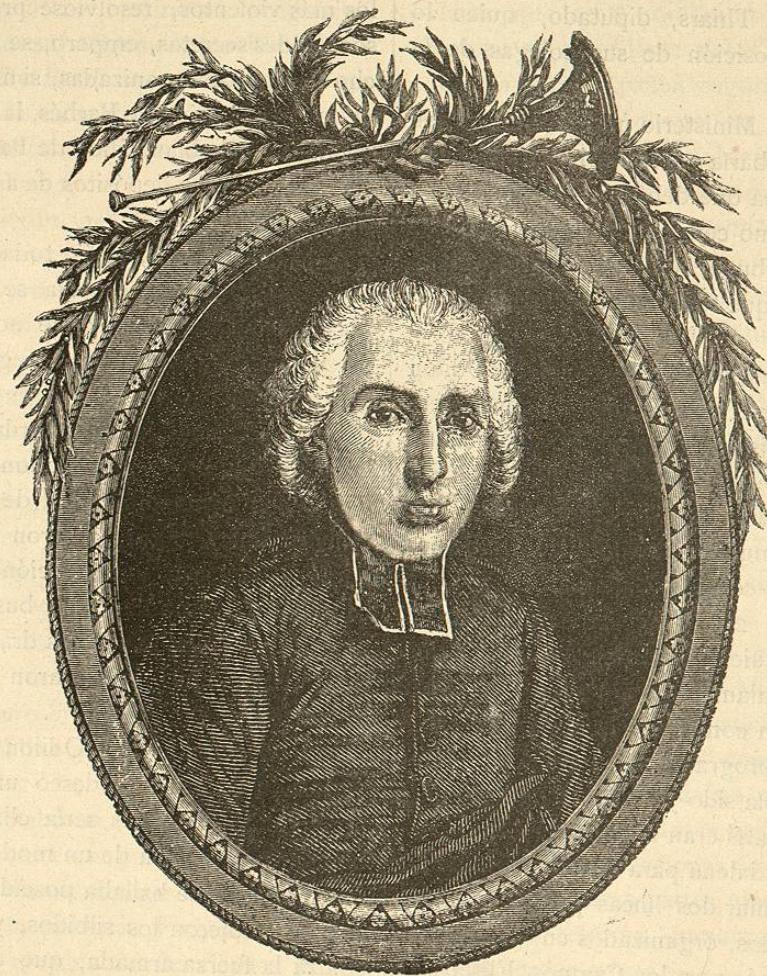
La izquierda entera aceptó con amenazadores gritos tan peligroso reto: «¡Jamás Polignac y Peyronnet se atrevieron á usar semejante lenguaje!» exclamó Odilon Barrot; pero esto no obstante, el mensaje que reproducía, parafraseando, la famosa frase del discurso de la Corona, fué aprobado en 14

de Febrero por doscientos cuarenta y un votos de los doscientos cuarenta y cuatro votantes, por haber abandonado la sala antes de la votación casi todos los miembros de la izquierda.

La Cámara de los Pares se pronunció en favor del sistema personificado por el presidente del Consejo, con una mayoría más imponente aún, siendo esta mayoría la perdición del Gabinete al alentarle á acudir á la fuerza, al tiempo que la mi-

noría, en vez de protestar de un modo digno presentando su dimisión en masa, como hizo Emilio de Girardin, que dió la suya sin tener un solo imitador, se declaró en rebelión contra el principio del Gobierno constitucional.

Los debates del mensaje habían agravado en extremo la agitación que mantenían en los ánimos la reforma electoral y los banquetes, y el grito de ¡Viva la reforma! se hallaba ya en los labios del



MONSEÑOR AFFRÉ

pueblo, que no comprendía su significación ni su importancia; no hubo nadie que no se encontrase celoso del derecho de reunión que se negaba á las masas; y los ministros, que se oponían á los banquetes reformistas, fueron más impopulares que Polignac y Peyronnet.

No era la humillación de la Francia ante la Europa, no era la venalidad, la corrupción, el egoísmo de los agentes del poder; no era la bancarrota inminente del Estado proclamada por un presu-

puesto de mil setecientos cincuenta millones; no eran estos justos motivos de desconfianza, de odio y de indignación, los que promovían los furiosos políticos; era sí únicamente la miserable cuestión de los banquetes.

Después de diez y siete años de combinaciones y de esfuerzos subterráneos, el partido republicano había abierto por fin una mina capaz de derribar al trono de Julio.

Odilon Barrot, Dufaure y los diputados que ha-